



Entorno

Política anticapitalista en la era del COVID-19¹

David Harvey

Revista *De Frente*

Cuando trato de interpretar, comprender y analizar el flujo diario de noticias, tiendo a ubicar lo que sucede en el contexto de dos modelos distintos, pero que se entrecruzan, acerca de cómo funciona el capitalismo. El primer nivel es un mapeo de las contradicciones internas en la circulación y acumulación de capital a medida que el valor del dinero fluye en busca de ganancias a través de los diferentes «momentos» (como los llama Marx) de producción, realización (consumo), distribución y reinversión. Este es un modelo de la economía capitalista como una espiral de expansión y crecimiento sin fin. Se vuelve bastante complicado a medida que se elabora a través de, por ejemplo, los lentes de las rivalidades geopolíticas, de los desarrollos geográficos desiguales, las instituciones financieras, políticas estatales, reconfiguraciones tecnológicas, y la red siempre cambiante de divisiones del trabajo y de las relaciones sociales.

Sin embargo, visualizo que este modelo está integrado en un contexto más amplio de reproducción social (en hogares

y comunidades), en una relación metabólica en movimiento y en constante evolución con la naturaleza (incluida la «segunda

1. Publicado el 22 de marzo de 2020. Tomado de <http://revistadefrente.cl/politicas-anticapitalistas-en-la-era-del-covid-19-del-geografo-marxista-david-harvey/> Traducción: Héctor Testa Ferreira, De Frente Internacional

naturaleza» de la urbanización y el entorno construido) y todo tipo de formaciones culturales, científicas (basadas en el conocimiento), religiosas, y formaciones sociales contingentes que las poblaciones humanas crean en el espacio y el tiempo. Estos últimos «momentos» incorporan la expresión activa de los deseos, las necesidades y los anhelos humanos, el deseo por el conocimiento y el sentido, y la búsqueda evolutiva de realización en un contexto de cambios en los esquemas institucionales, disputas políticas, confrontaciones ideológicas, pérdidas, derrotas, frustraciones y alienaciones, todo en un mundo de marcada diversidad geográfica, cultural, social y política. Este segundo modelo constituye, por así decirlo, mi comprensión funcional del capitalismo global como una formación social distintiva, mientras que el primero trata sobre las contradicciones dentro del motor económico que impulsa esta formación social a lo largo de ciertos caminos de su evolución histórica y geográfica.

Cuando el 26 de enero de 2020 leí por primera vez sobre un Coronavirus que estaba ganando terreno en China, inmediatamente pensé en las repercusiones para la dinámica global de la acumulación de capital. Sabía por mis estudios

del modelo económico que los bloqueos y las interrupciones en la continuidad de los flujos del capital darían lugar a devaluaciones, y que si las devaluaciones se generalizaban y eran profundas, eso señalaría el inicio de la crisis. También, sabía muy bien que China es la segunda economía más grande del mundo y que había rescatado efectivamente al capitalismo global después de la crisis de 2007-2008, por lo que cualquier golpe a la economía de China tendría graves consecuencias para una economía global que estaba, de todos modos, ya en una condición lamentable. Me parecía que el modelo existente de acumulación de capital ya tenía muchos problemas. Se produjeron movimientos de protesta en casi todas partes (desde Santiago de Chile hasta Beirut), muchos de los cuales se centraron en el hecho de que el modelo económico dominante no funcionaba bien para la mayoría de la población.

Este modelo neoliberal se basa cada vez más en el capital ficticio y en una vasta expansión en la oferta de dinero y la creación de deuda. Ya se enfrentaba al problema de una insuficiente demanda efectiva para hacerse cargo de los valores que el capital es capaz de producir. Entonces, ¿cómo podría el modelo económico dominante, con su

escasez de legitimidad y delicada salud, absorber y sobrevivir a los inevitables impactos de lo que podría convertirse en una pandemia? La respuesta dependería en gran medida de cuánto tiempo podría durar y extenderse la interrupción, ya que, como señaló Marx, la devaluación no ocurre porque las mercancías no pueden venderse, sino porque no pueden venderse a tiempo.

Desde hace mucho tiempo que he rechazado la idea de «naturaleza» como algo externo y separado de la cultura, la economía y la vida cotidiana. Tengo una visión más dialéctica y relacional de la relación metabólica con la naturaleza. El capital modifica las condiciones ambientales de su propia reproducción, pero lo hace en un contexto de consecuencias no deseadas (como el cambio climático) y en el contexto de fuerzas evolutivas autónomas e independientes que están modificando continuamente las condiciones ambientales. Desde este punto de vista, no existen desastres verdaderamente naturales. Los virus mutan todo el tiempo para estar seguros. Pero las circunstancias en las que una mutación se vuelve potencialmente mortal dependen de las acciones humanas.

Hay dos aspectos relevantes para esto. Primero, las condiciones ambientales favorables aumentan la probabilidad de mutaciones vigorosas. Por ejemplo, es plausible esperar que los sistemas de suministro de alimentos intensivos o caprichosos en las áreas subtropicales húmedas puedan contribuir a aquello. Tales sistemas existen en muchos lugares, incluida China al sur de Yangtse, y el sudeste asiático. En segundo lugar, las condiciones que favorecen la transmisión rápida a través de los cuerpos del huésped varían mucho. Las poblaciones humanas de alta densidad parecerían un blanco de huésped fácil. Es bien sabido que las epidemias de sarampión, por ejemplo, sólo florecen en los centros de población urbana más grandes, pero desaparecen rápidamente en regiones escasamente pobladas. La forma en que los seres humanos interactúan entre sí, se mueven, se disciplinan u olvidan lavarse las manos, afecta la forma en que se transmiten las enfermedades. En los últimos tiempos, el SARS, la gripe aviar y porcina parecen haber salido de China o del sudeste asiático. China ha sufrido mucho también de peste porcina en el último año, lo que implica la matanza masiva de cerdos y el aumento de los precios del cerdo.

No digo todo esto para acusar a China. Hay muchos otros lugares donde los riesgos ambientales para la mutación viral y la difusión son altos. La gripe española de 1918 pudo haber salido de Kansas, y África pudo haber incubado el VIH / SIDA y ciertamente inició el Nilo Occidental y el Ébola, mientras que el dengue parece florecer en América Latina. Pero los impactos económicos y demográficos de la propagación del virus dependen de las grietas y vulnerabilidades preexistentes en el modelo económico hegemónico.

No me sorprendió demasiado que el COVID-19 se encontrara inicialmente en Wuhan (aunque no se sabe si se originó allí). Claramente, los efectos locales serían sustanciales y dado que este era un importante centro de producción, probablemente habría repercusiones económicas globales (aunque no tenía idea de la magnitud). La gran pregunta era cómo podría ocurrir el contagio y la difusión y cuánto duraría (hasta que se pudiera encontrar una vacuna). La experiencia anterior había demostrado que una de las desventajas de la creciente globalización es lo imposible que es detener una rápida difusión internacional de nuevas enfermedades. Vivimos en un mundo altamente conectado donde casi todos viajan.

Las redes humanas para la difusión potencial son vastas y abiertas. El peligro (económico y demográfico) era que la interrupción duraría un año o más.

Si bien hubo una recesión inmediata en los mercados bursátiles mundiales cuando surgieron las noticias iniciales, sorprendentemente fue seguida por un mes o más, en el que los mercados alcanzaron nuevos máximos. Las noticias parecían indicar que los negocios estaban en situación de normalidad en todas partes, excepto en China. La creencia parecía ser que íbamos a experimentar una repetición del SARS que resultó ser de bastante rápida contención y de bajo impacto global, a pesar de que tenía una alta tasa de mortalidad y de que creó un pánico innecesario (en retrospectiva) en los mercados financieros. Cuando apareció el COVID-19, la reacción dominante fue representarlo como una repetición de SARS que hacía que el pánico fuera exagerado. El hecho de que la epidemia se desatara en China, que rápida y despiadadamente se movió para contener sus impactos, también llevó al resto del mundo a tratar erróneamente el problema como algo que ocurre «allí» y, por lo tanto, fuera de la vista y la mente (acompañado de algunos problemáticas señas de

xenofobia anti-china en ciertas partes del mundo).

La estaca que el virus ponía en la historia de crecimiento de China, que en todo caso se mostraba triunfante, incluso fue recibida con alegría en ciertos círculos de la administración Trump. Sin embargo, comenzaron a circular historias de interrupciones en las cadenas de producción mundiales que pasaban por Wuhan. Estos fueron en gran medida ignorados o tratados como problemas para determinadas líneas de productos o corporaciones (como Apple). Las devaluaciones fueron locales y particulares y no sistémicas. Los signos de caída de la demanda de los consumidores también se redujeron al mínimo, a pesar de que aquellas corporaciones, como McDonalds y Starbucks, que tenían grandes operaciones dentro del mercado interno chino, tuvieron que cerrar sus puertas allí por un tiempo. La superposición del Año Nuevo chino con el brote del virus enmascaró los impactos durante todo enero. La complacencia de esta respuesta estaba fuera de lugar.

La noticia inicial de la propagación internacional del virus fue ocasional y episódica con un brote grave en Corea del Sur y algunos otros puntos críticos

como Irán. Fue el brote italiano, lo que provocó la primera reacción violenta. La caída del mercado de valores que comenzó a mediados de febrero osciló algo, pero a mediados de marzo había provocado una devaluación neta de casi el 30 por ciento en los mercados de valores de todo el mundo. La escalada exponencial de las infecciones provocó una gama de respuestas a menudo incoherentes y, a veces, afectadas por el pánico. El presidente Trump realizó una imitación del rey Canute ante una potencial ola creciente de enfermedades y muertes. Algunas de las respuestas han sido extrañas. Hacer que la Reserva Federal redujera las tasas de interés frente a un virus parecía extraño, incluso cuando se reconoció que la medida tenía como objetivo aliviar los impactos en el mercado en lugar de frenar el progreso del virus.

Las autoridades públicas y los sistemas de atención de salud fueron sorprendidos en casi todas partes con poca capacidad de maniobra. Cuarenta años de neoliberalismo en América del Norte y del Sur y Europa habían dejado a los sistemas públicos totalmente expuestos y mal preparados para enfrentar una crisis sanitaria de este tipo, a pesar de que los temores previos

por el SARS y el Ébola proporcionaron abundantes advertencias y lecciones convincentes sobre qué sería necesario que se hiciera. En muchas partes del supuesto mundo «civilizado», los gobiernos locales y las autoridades regionales y estatales, que invariablemente forman la primera línea de defensa en emergencias de salud pública y seguridad de este tipo, se vieron privados de fondos gracias a una política de austeridad diseñada para financiar recortes de impuestos y subsidios a las corporaciones y los ricos.

La gran industria farmacéutica o «Big Pharma» tiene poco o ningún interés en la investigación no remunerativa sobre enfermedades infecciosas (como toda la clase de virus corona que se conocen desde la década de 1960). La «Big Pharma» rara vez invierte en prevención. Tiene poco interés en invertir en preparación para una crisis de salud pública. Le encanta diseñar curas. Cuanto más enfermos estamos, más ganan. La prevención no contribuye al valor del accionista. El modelo de negocios aplicado a la provisión de salud pública eliminó las capacidades de cobertura excedentes que serían necesarias en una emergencia. La prevención ni siquiera ha sido un campo de trabajo lo suficien-

temente atractivo como para justificar las asociaciones público-privadas. El presidente Trump recortó el presupuesto del Centro para el Control de Enfermedades y disolvió el grupo de trabajo sobre pandemias en el Consejo de Seguridad Nacional, con el mismo espíritu que recortó todos los fondos de investigación, incluidos los destinados al cambio climático. Si quisiera ser antropomórfico y metafórico sobre esto, concluiría que COVID-19 es la venganza de la naturaleza por más de cuarenta años de maltrato grosero y abusivo de la naturaleza en manos de un extractivismo neoliberal violento y no regulado.

Quizás sea sintomático que los países menos neoliberales, China y Corea del Sur, Taiwán y Singapur, hayan superado la pandemia hasta ahora en mejor forma que Italia, aunque Irán desmienta este argumento como un principio universal. Si bien hubo muchas pruebas de que China manejó el SARS bastante mal con un gran disimulo inicial y negacionismo, esta vez el presidente Xi se movió rápidamente para exigir transparencia tanto en los informes como en las pruebas, al igual como lo hizo Corea del Sur. Aun así, en China se perdió un tiempo valioso (solo unos pocos días marcan la diferencia). Sin embargo, lo que

fue notable en China fue el confinamiento de la epidemia a la provincia de Hubei con Wuhan en el centro. La epidemia no se trasladó a Beijing o al oeste o incluso más al sur. Las medidas tomadas para limitar el virus geográficamente fueron draconianas. Serían casi imposibles de replicar en otros lugares por razones políticas, económicas y culturales. Los informes que salen de China sugieren que los tratamientos y las políticas fueron todo menos cuidadosas.

Además, China y Singapur desplegaron sus poderes de vigilancia personal a niveles invasivos y autoritarios. Pero parecen haber sido extremadamente efectivos en conjunto, aunque si las acciones contrarias se hubieran puesto en marcha solo unos días antes, los modelos sugieren que muchas muertes podrían haberse evitado. Esta es información importante: en cualquier proceso de crecimiento exponencial hay un punto de inflexión más allá del cual la masa en aumento se descontrola por completo (observe aquí, una vez más, la importancia de la masa en relación con la tasa). El hecho de que Trump haya perdido el tiempo durante tantas semanas puede resultar costoso en vidas humanas.

Los efectos económicos ahora están fuera de control tanto en China como más allá. Las interrupciones que funcionan a través de las cadenas de valor de las corporaciones y en ciertos sectores resultaron ser más sistémicas y sustanciales de lo que se pensaba originalmente. El efecto a largo plazo puede ser acortar o diversificar las cadenas de suministro mientras se avanza hacia formas de producción menos intensivas en mano de obra (con enormes implicaciones para el empleo) y una mayor dependencia de los sistemas de producción de inteligencia artificial. La interrupción de las cadenas de producción implica despedir o precarizar trabajadores, lo que disminuye la demanda final, mientras que la demanda de materias primas disminuye el consumo productivo. Estos impactos en el lado de la demanda, por derecho propio, habrían producido, al menos, una leve recesión.

Pero las mayores vulnerabilidades existían en otras dimensiones. Los modos de consumo que explotaron después de 2007-2008 se han estrellado con consecuencias devastadoras. Estos modos se basaron en reducir el tiempo de rotación del consumo

lo más cercano posible a cero. La avalancha de inversiones en tales formas de consumismo tuvo que ver con la absorción máxima de volúmenes de capital exponencialmente crecientes en formas de consumo, que tuvieran el menor tiempo de rotación posible. El turismo internacional fue emblemático. Las visitas internacionales aumentaron de 800 millones a 1.400 millones entre 2010 y 2018. Esta forma de consumismo instantáneo requirió inversiones masivas en infraestructura en aeropuertos y aerolíneas, hoteles y restaurantes, parques temáticos y eventos culturales, etcétera. Ese terreno de acumulación de capital ahora está muerto en el agua, las aerolíneas están cerca de la bancarrota, los hoteles están vacíos y el desempleo masivo en las industrias hoteleras es inminente. Comer fuera no es una buena idea y los restaurantes y bares han estado cerrados en muchos lugares. Incluso la comida para llevar parece arriesgada.

El vasto ejército de trabajadores en la economía del concierto (o «gig economy») o en otras formas de trabajo precario está siendo despedido sin medios visibles de apoyo. Se cancelan eventos como festivales culturales, torneos de fútbol y baloncesto, conciertos, convenciones empresariales y

profesionales e incluso reuniones políticas en torno a las elecciones. Estas formas «basadas en eventos» de consumismo experiencial se han cerrado. Los ingresos de los gobiernos locales se han derrumbado. Las universidades y las escuelas están cerrando.

Gran parte del modelo de vanguardia del consumismo capitalista contemporáneo es inoperativo en las condiciones actuales. El impulso hacia lo que Andre Gorz describe como «consumismo compensatorio» (en el que se supone que los trabajadores alienados deben recuperar sus espíritus a través de un paquete de vacaciones en una playa tropical) fue frenado. Pero las economías capitalistas contemporáneas son setenta u ochenta por ciento impulsadas por el consumismo. La confianza y el sentimiento del consumidor en los últimos cuarenta años se han convertido en la clave para la movilización de una demanda efectiva, y el capital se ha vuelto cada vez más impulsado por la demanda y las necesidades. Esta fuente de energía económica no ha estado sujeta a fluctuaciones salvajes (con algunas excepciones, como la erupción volcánica islandesa que bloqueó los vuelos transatlánticos durante un par de semanas). Pero COVID-19 está

apuntalando no una fluctuación salvaje, sino un desplome omnipotente en el corazón de la forma de consumismo que domina en los países más ricos. La forma espiral de acumulación de capital sin fin se está derrumbando hacia adentro de una parte del mundo a otra. Lo único que puede salvarlo es un consumismo masivo inspirado por el gobierno e inspirado de la nada. Esto requerirá socializar toda la economía en los Estados Unidos, por ejemplo, sin llamarlo socialismo.

Existe el conveniente mito de que las enfermedades infecciosas no reconocen clases, límites sociales y fronteras. Como muchos de esos dichos, hay una cierta verdad en esto. En las epidemias de cólera del siglo XIX, la trascendencia de las barreras de clase fue lo suficientemente dramática como para engendrar el nacimiento de un movimiento de saneamiento público y salud (que se profesionalizó) que ha perdurado hasta nuestros días. No siempre estuvo claro si ese movimiento fue diseñado para proteger a todos o solo a las clases altas. Pero hoy las diferencias de clase y los efectos e impactos sociales cuentan una historia diferente. Los impactos económicos y sociales se filtran a través de discriminaciones «tradicionales» que están en todas partes en evidencia.

Para empezar, la fuerza laboral que se espera se encargue de los números crecientes de enfermos es típicamente muy de género, racializada y étnica en la mayoría de las partes del mundo. Refleja las fuerzas laborales basadas en la clase trabajadora que se encuentra, por ejemplo, en aeropuertos y otros sectores logísticos. Esta «nueva clase trabajadora» está a la vanguardia y lleva la peor parte de ser la fuerza laboral con mayor riesgo de contraer el virus a través de sus trabajos o de ser despedido sin recursos debido a la reducción económica impuesta por el virus. Existe, por ejemplo, la cuestión de quién puede trabajar en casa y quién no. Esto agudiza la división social al igual que la cuestión de quién puede permitirse aislarse o ponerse en cuarentena (con o sin paga) en caso de contacto o infección. Exactamente de la misma manera que aprendí a llamar a los terremotos de Nicaragua (1973) y Ciudad de México (1985) «terremotos de clase», la progresión del COVID-19 exhibe todas las características de una pandemia de clase, de género, y de racialización.

Si bien los esfuerzos de mitigación están convenientemente encubiertos en la retórica de que «estamos todos juntos en esto», las prácticas, particularmente por parte de los gobiernos nacionales,

sugieren motivaciones más siniestras. La clase trabajadora contemporánea en los Estados Unidos (compuesta principalmente por afroamericanos, latinos/as, y mujeres asalariadas) se enfrenta a la fea elección de la contaminación en nombre del cuidado y el mantenimiento de las actividades claves para la provisión abiertas (como tiendas de abarrotes), o el desempleo sin beneficios (tales como una atención médica adecuada). El personal asalariado (como yo) trabaja desde su casa y recibe su salario igual que antes, mientras que los CEO vuelan en helicópteros y aviones privados.

Las fuerzas laborales en la mayoría de las partes del mundo han sido durante mucho tiempo socializadas para comportarse como buenos sujetos neoliberales (lo que significa culparse a sí mismos o a Dios si algo sale mal, pero nunca atreverse a sugerir que el capitalismo podría ser el problema). Pero incluso los buenos sujetos neoliberales pueden ver que hay algo mal con la forma en que se responde a esta pandemia.

La gran pregunta es ¿cuánto tiempo durará esto? Podría ser más de un año y cuanto más se prolongue, mayor será la devaluación, incluida la de la mano de obra. Los niveles de

desempleo aumentarán casi con certeza a niveles comparables a la década de 1930, en ausencia de intervenciones estatales masivas que tendrán que ir en contra del hilo neoliberal. Las consecuencias inmediatas para la economía y para la vida social diaria serán múltiples. Pero no todas son malas. En la medida en que el consumismo contemporáneo se estaba volviendo excesivo, estaba al borde de lo que Marx describió como «consumo excesivo y consumo insano, lo que significa, a su vez, lo monstruoso y lo extraño, la caída» de todo el sistema. La imprudencia de este consumo excesivo ha jugado un rol clave en la degradación ambiental. La cancelación de los vuelos de las aerolíneas y la reducción radical del transporte y el movimiento han tenido consecuencias positivas con respecto a las emisiones de gases de efecto invernadero. La calidad del aire en Wuhan ha mejorado mucho, al igual que en muchas ciudades de Estados Unidos. Los sitios de ecoturismo tendrán tiempo para recuperarse luego de pesados pasos. Los cisnes han regresado a los canales de Venecia. En la medida en que se reduzca el gusto por el consumo excesivo imprudente y sin sentido, podría haber algunos beneficios a largo plazo. Menos muertes en el Monte Everest podrían ser algo

bueno. Y aunque nadie lo dice en voz alta, el sesgo demográfico del virus puede terminar afectando a las pirámides de edad con efectos a largo plazo en las cargas de seguridad social y el futuro de la «industria del cuidado». La vida diaria se ralentizará y para algunas personas será una bendición. Las reglas sugeridas de distanciamiento social podrían, si la emergencia continúa lo suficiente, conducir a cambios culturales. La única forma de consumismo que seguramente se beneficiará es lo que yo llamo la economía de «Netflix», que de todos modos atiende a los «observadores compulsivos».

En el frente económico, las respuestas han estado condicionadas por la forma de salida del colapso de 2007-2008. Esto implicó una política monetaria ultra expansiva junto con el rescate de los bancos, complementado por un aumento dramático en el consumo productivo para una expansión masiva de la inversión en infraestructura en China. Esto último no puede repetirse en la escala requerida. Los paquetes de rescate establecidos en 2008 se centraron en los bancos pero

también implicaron la nacionalización «de facto» de General Motors. Tal vez sea significativo que ante el descontento de los trabajadores y la caída de la demanda del mercado, las tres grandes compañías automotrices de Detroit cierran al menos temporalmente. Si China no puede repetir su papel de 2007-2008, entonces la carga de salir de la actual crisis económica se trasladará ahora a los Estados Unidos, y aquí está la ironía final: las únicas políticas que funcionarán, tanto económica como políticamente, son mucho más socialistas que todo lo que Bernie Sanders pueda proponer, y estos programas de rescate tendrán que iniciarse bajo los auspicios de Donald Trump, presumiblemente bajo la máscara de «Making America Great Again». Todos los republicanos que se opusieron visceralmente al rescate de 2008 tendrán que comer cuervo o desafiar a Donald Trump. Este último, si es sabio, cancelará las elecciones en caso de emergencia y declarará el origen de una presidencia imperial para salvar al capital y al mundo de los disturbios y la revolución.